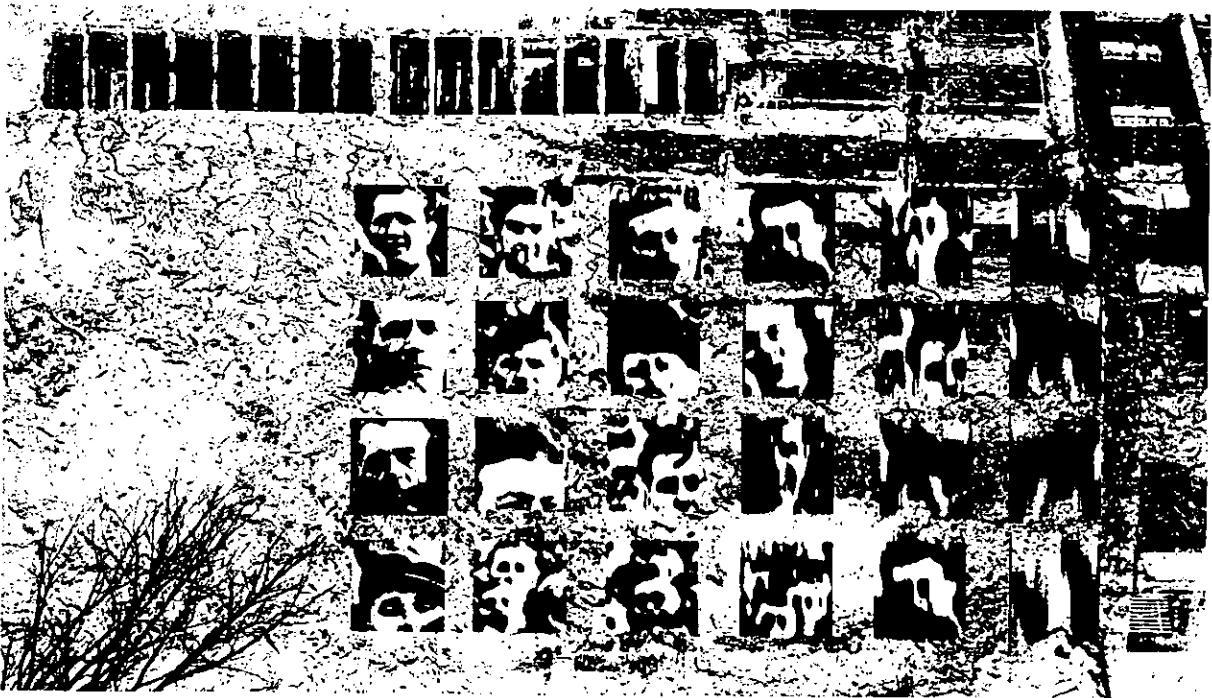


Voces divergentes, voces excluyentes

El papel de los medios en la construcción de identidades globales



La crisis del sistema político tradicional es un tema de discusión que, a medida que el proceso de globalización se consolida, produce un sinnúmero de polémicas. El papel de los medios masivos de comunicación en la nueva fase de este proceso también genera coincidencias y discrepancias. La posibilidad que fundaron las nuevas tecnologías comunicacionales en relación con el *borramiento* del tiempo y el espacio, sumadas a la sensación que experimentan, tanto seguidores como detractores del fenómeno, sobre lo irremediable de los sucesos, establecieron lo que a fines de los años

.....
* Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Doctorada en Ciencia Política. Profesora de la Universidad Nacional de Buenos Aires y la Escuela de Periodismo TEA. Correo electrónico: luchessi@netizen.com.ar

** Director de Estudios de la Escuela de Periodismo TEA & DeporTEA, donde también dicta clases de redacción y estilo periodístico. Correo electrónico: gcketko@netizen.com

noventa del siglo XX se instaló como tema esencial para el debate: el pensamiento único. Los diagnósticos coinciden en varios puntos:

- En tiempos de desterritorialización, las fronteras que separan a los Estados Nación —surgidos a partir de las lógicas territoriales—, ya no tienen razón de ser.
- Las iniciativas privadas son el motor de los acontecimientos y, de ese modo, no tiene sentido la presencia del Estado regulador.
- La cultura supranacional se sustenta en la inmediatez de los medios masivos de comunicación y, por consiguiente, las culturas locales pierden fuerza frente a los discursos únicos que sostienen las políticas, básicamente, económicas y financieras.

Los presagios de MacBride acerca de la multiplicidad de voces, pueden leerse —globalización mediante— de forma invertida. Es que dicha multiplicidad no generó un solo mundo sino, al menos, tres. El de los incluidos al fenómeno con oportunidades y sin responsabilidades; el de aquellos que tienen acceso y obligaciones y, tal vez el mayoritario, el de los que no tienen espacio para el acceso económico, político y comunicacional¹. Esta lectura planteada por el politólogo Guillermo O'Donnell es sumamente contrastable tanto dentro de las fronteras de los países, como en relación con las vinculaciones norte – sur.

Si bien es cierto que la cantidad de soportes y vehículos comunicacionales generan diversidad, también es verdad que la divergencia², producto de esta fragmentación de las sociedades, tiende a sostener la tan mentada unicidad; esto en la medida en que se imita hacia adentro de las fronteras nacionales la misma lógica de inclusión / exclusión que se establece entre norte y sur.



¿Un solo mundo, voces múltiples?

Néstor García Canclini coincide ante la obviedad del hecho consumado. Sin embargo, cree que es en las grietas y con lógicas viables a las nuevas reglas de juego como se pueden formular políticas culturales que establezcan rupturas con dicha unidad: «La generación de los mensajes y bienes culturales de mayor difusión ocurre en centros transnacionales y circula por satélites y redes electrónicas sobre las que los Estados pueden ejercer poco control. En la medida en que ese control aún es posible, no puede practicarse con las concepciones y los instrumentos construidos cuando las identidades coincidían con los territorios de cada Nación»³.

Sin embargo, a pesar de la desterritorialización y el repliegue de los Estados frente al avance de las lógicas de los mercados globales, existen *zonas grises* en las que las políticas deben fortalecerse para construir identidades culturales. Por una parte, estas políticas deben mitigar la consolidación de prácticas ajenas a los valores cimentados por colectivos construidos dentro de cada territorio, profundizando la consecución de objetivos relacionados directamente con planes de crecimiento e integración. Por otra parte, deben ahondar en las relaciones culturales de los colectivos cuyos atributos son similares.

En articulación con estos lineamientos François Brune afirma que «...la época es una construcción escenográfica». El lugar que el autor les asigna a los medios en el proceso es más que importante: «Los medios de comunicación seleccionan los hechos que definen la época en función de un encasillamiento ideológico preestablecido, para inmediatamente

1 Veiras, Nora, «Hay síntomas de muerte de nuestra democracia». Entrevista a Guillermo O'Donnell, en *Página 12*. Buenos Aires, 11 de junio de 2001.

2 Cetkovich Bakmas, Gabriel y Luchessi, Lila, «TV y democracia: Diversidad sin divergencia». Universidad de Belgrano. *Jornadas Política, Psicología y Democracia. Una conjunción de perspectivas*. Buenos Aires, 4, 5 y 6 de septiembre de 2001.

3 García Canclini, Néstor, «Políticas culturales: de las identidades nacionales al espacio Latinoamericano», en García Canclini, Néstor y Moneta, Carlos (coordinadores), *Las industrias culturales en la integración Latinoamericana*. Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 35.

pedir a los ciudadanos que se adhieran a ella y se sientan partícipes, sin que, evidentemente, hayan podido escogerla». Entonces, coincidimos con su afirmación según la cual: «...considerarte de tu época viene a ser que adoptes los 'valores' de los que la definen»⁴.

Es justamente en relación con estas definiciones que el comienzo del siglo XXI produjo sus primeras crisis. La adhesión a valores preconcebidos, la confrontación con estilos desconocidos y excluyentes, la adopción de prácticas extrañas, solo puede sostenerse en la medida en que la eficacia en relación con la participación y la integración de las mayorías en los nuevos procesos sean un hecho. De no ser así, las crisis y las controversias aparecen para cuestionar la legitimidad de los valores planeados por aquellos que definen y difunden las marcas de la época. Por otra parte, a medida que se profundiza el binarismo que establece los márgenes para la inclusión y la exclusión, la divergencia cobra fuerza y profundiza, al mismo tiempo, una separación mayor de los valores dominantes.

En las postrimerías del siglo XX, la apatía de las ciudadanías y sus consecuentes problemas con la gobernabilidad, la representación y el sistema de partidos, viró hacia intentos de participación más directa. La discusión —también global— de los valores que implicaron la consolidación del sistema económico-comunicacional transnacional también entró en jaque desde los quiebres que se producen a partir de datos materiales contundentes. Es que la institucionalidad de los Estados-nación, que fue tan combatida por los líderes del proceso de construcción de una hegemonía global, ya no puede pensarse en los mismos términos en los que se aludía a la política como rectora de las estrategias proyectuales de los colectivos nacionales, cimentados sobre la idea de territorialidad. Sin embargo, la necesidad de construcción de colectivos

más integradores, apoyados en valores compartidos, a partir de prácticas comunes, comienza a emerger ocasionando grietas en el binarismo que establecen las lógicas de la hegemonía global.

Aún así, parece estar claro que las disputas no pueden darse en condiciones tradicionales. Frente a la globalización económica y comunicacional, los temas que se incluyen son los que les interesan a quienes determinan esos valores preconcebidos que, cada vez más, dejan fuera los tópicos de las mayorías. La crisis del empleo, el endurecimiento de las fronteras en relación con el libre flujo de personas, el acceso a los servicios que aún quedan en manos del Estado, la garantía de la educación y los derechos universales, firmados por la mayoría de los países que intentan integrarse al fenómeno global, quedan excluidos de los *issues* de la agenda en función de la inclusión de la idoneidad política, la seguridad y la eficacia presupuestaria.

Como plantea Guillermo O'Donnell: «*En política uno sabe que el gran elemento del poder es controlar la agenda: si yo logro sacar los temas que al otro le interesan y dejo solamente los míos y después digo: 'Vení y discuti', ya gané*»⁵. En este sentido, Michael Hardt propone: «*La alternativa al imperio del capital global y sus instituciones sólo se encontrará en un nivel igualmente global, a través de un movimiento democrático global*»⁶.

Tal vez, cabe aquí una pregunta en relación con la idea de democratización que algunos teóricos le asignan a la diversidad mediática. ¿Puede considerarse democrático un proceso en el que los tópicos circulan —valorados del mismo modo a partir de estrategias de mercado— o debe pensarse que una pseudo democratización mediática conlleva la tendencia a las *democraduras*? Por otra parte: ¿qué garantías de participación ciudadana y democrática se pueden establecer con porcentajes de exclusión escandalosos? ¿Cuánta libertad queda en el camino a medida que se endurecen los sistemas de control que permiten sostener el discurso de la «seguridad»? ¿Cómo se mide la eficacia si las mayorías poblacionales no acceden a la cobertura de las necesidades, ni siquiera, alimentarias?

4 Brune, François, «Mitologías contemporáneas: sobre la ideología hoy», en *Le Monde Diplomatique, Pensamiento Crítico versus Pensamiento Único*, Madrid, Temas de Debate, 1998. Cap. I, pp. 18-25.

5 Veiras, Nora, Op. cit.

6 Hardt, Michael, «Esquirlas enloquecidas de viejos disparos», en *Página /12*, Buenos Aires, 19 de agosto de 2002.



Medios, exclusión y globalización

Es evidente que la reversión del fenómeno más extendido, la exclusión, no se logra con la profundización de las políticas que la ocasionan. Las estrategias para solucionar los diferentes grados de marginación (económica, social, cultural, sanitaria, educativa) deben partir del reconocimiento de la multiplicidad de lógicas y valores, de la admisión de la divergencia y de una flexibilización racional, a partir de la cual, el sistema binario queda obsoleto. La irrupción de históricas invariantes identitarias, que no suelen tener lugar en los medios hegemónicos de comunicación, hace que estas «resistencias globales», a las que refieren entre otros los *globalifóbicos*, no tengan una posibilidad de concreción muy sencilla.

Si bien el porcentaje de excluidos de los avances de las telecomunicaciones y del acceso a la cobertura de las necesidades mínimas que les permitan pensar en una integración cultural, es enorme, también ocurre que la masa de los que tienen denegada la entrada es lo suficientemente heterogénea como para pensar en la construcción de una «resistencia global». Por otra parte, la aplicación de técnicas globales —tomadas de las estrategias de marketing— para estudiar, analizar y gerenciar las políticas públicas, no son eficaces a la hora de tomar en cuenta las variables identitarias de cada grupo que conforma el entramado social.

Los discursos de los medios, inmersos en los intereses corporativos de los grupos hegemónicos y cada vez más alejados de los miembros de la sociedad civil, suponen que sus lógicas pueden, en el marco de la crisis generalizada de representación, ocupar los lugares que deja vacantes el Estado para replegarse de sus obligaciones de regulación y administración de los conflictos colectivos. Sin embargo, lo que no se advierte en los circuitos del *management* comunicacional es que sus visiones del mundo no dan cuenta del mundo; los segmentos que se tienen en cuenta en relación con las pautas publicitarias —en la medida en que pueden consumir— son mínimos en relación con la cantidad de excluidos.

Las caídas de las ventas de publicaciones periódicas y la falta de credibilidad, que también las afecta, lleva a pensar lo siguiente: si la *escenografía de la globalización* comenzó a descascararse, entonces, los paisajes reales, a modo de locaciones documentales, comienzan a irrumpir con toda su crudeza.

Las variables cuantitativas, que ponen en juego la efectividad de las técnicas del mercado, suelen ser utilizadas por las empresas mediáticas a la hora de referir, también, a la exclusión. En una nota publicada por el diario *La Nación* aparecen los índices de jóvenes argentinos fuera de las actividades mínimas: 17.2% de la franja etaria que va de los 15 a los 24 años no estudia ni trabaja. La editorial intenta, con poco éxito, entender los motivos que generan el dato: «Este proceso declinante exige una

firme voluntad de reacción, que se traduzca en vigorosas decisiones, tanto de los mismos jóvenes⁷, que no deben entregarse a la desesperanza, como de la sociedad adulta a la cual pertenecen. El sistema educativo debería asumir un compromiso muy claro, sea para recuperar a quienes dejaron las aulas, sea para evitar que otros sigan ese comportamiento”⁸. La preocupación es justa, pero los números que menciona el texto no se refieren a la intervención del Estado en relación con el diseño de políticas que avalen la retención de los jóvenes en las escuelas ni mucho menos a la inversión educativa a través de los aumentos presupuestarios. La creencia que implica que son los medios los que deben dar soluciones políticas termina con la trivialización de las cuestiones de Estado, como la salud y la educación.

A este respecto aparece otra marca valorativa de la época. Se dice que son los individuos quienes deben responsabilizarse de sus propias exclusiones y —en ningún caso— aquellos que con sus acciones u omisiones las provocan. La generalización de los argumentos globalizadores, que acabaron con las regulaciones de las actividades estratégicas de los países periféricos que quieren insertarse, chocan con las estadísticas y, lo que es más fuerte, las imágenes de la exclusión que ellos generan. Los encasillamientos preconcebidos por la hegemonía, sostenida en complejos aparatos discursivos que se canalizan a través de los medios de comunicación, no contrastan empíricamente con el plano de lo real. Mientras la escenografía comienza a ponerse vetusta es también evidente que el relato se vuelve inverosímil.

Las falacias sobre «la confianza» que deben despertar los países a cuyas economías se denomina «emergentes», tampoco resisten ningún análisis. La desconfianza radica, justamente, en lo que el economista belga Van der Wee denomina «exceso de capitalismo». Según este autor, la tendencia luego de varias crisis del sistema es, entonces, ha-

cia un mayor control: «Ante estos excesos del capitalismo se produce un consenso nacional e internacional de que necesitamos más control, más intervención”⁹. Tal vez, el planteamiento es falaz. Que el Estado no resuelva los problemas de las mayorías no implica, en los últimos años, que no haya regulado en ningún sentido.

El exceso de capitalismo al que alude Van der Wee no implica una autorregulación de la economía —vía saturación de la mano invisible— sino todo lo contrario. Las intervenciones estatales estuvieron signadas, a medida que la globalización se fue profundizando hasta volverse inexorable, por las transferencias de los sectores más pobres hacia los más ricos, de los países más pobres a los más ricos, del sector público al sector privado y la ampliación de la brecha que separa a esos sectores y a esos países entre sí. Esta privatización del derecho, la seguridad, los servicios públicos, la salud, la educación y todas las actividades que, durante la modernidad dependían directamente del Estado, concibió prácticas individualistas, fortalecidas por la falta de claras reglas de juego y un ambiente global de incerteza que, en sí misma, conlleva impunidad.

La estigmatización de la fracasada clase política, cuya responsabilidad en el debilitamiento de las normas, los valores y las reglas es indiscutible, no exonera a otros sectores que también participaron del mismo juego. Por tanto, los medios de comunicación, como parte central del *blackbox*, tienen la obligación de transparentar que sus relatos no son completos. También, como integrantes de grupos económicos relacionados con los intereses transnacionales, deben poner sobre la mesa sus propios intereses que, en la mayoría de los casos, no conciden con los de quienes integran sus audiencias.



7 El resaltado es nuestro.

8 «Jóvenes que no estudian ni trabajan», en *Diario La Nación*, Buenos Aires, 11 de septiembre de 2002.

9 Robossio, Alejandro, «La hora del intervencionismo prudente», en *La Nación. Enfoques*, Buenos Aires, 18 de agosto de 2002.



Órdenes globales, seguridad e integración

A pesar de todo esto, la estigmatización como herramienta política tampoco contrasta con los índices de exclusión que pueden leerse en los informes de participación (en tanto representación y, también, en términos distributivos). No es verosímil, independientemente de las campañas elaboradas desde los grupos de poder y publicadas por los medios de comunicación, que la asociación entre pobreza y criminalidad sea factible. Es que con un 53% de ciudadanos bajo la línea de pobreza¹⁰, solo por tomar el ejemplo argentino, el índice delictivo sería —en caso de comprobarse la hipótesis— mucho más alto. Es cierto que las prácticas delictivas han aumentado y, consecuentemente, también lo hizo su publicación. Sin embargo, la pregunta es si este aumento real de la violencia y el delito tiene relación directa con la pobreza.

En este punto es preciso afirmar que la impunidad, sostenida por el constante incumplimiento de las normas vigentes y el persistente cambio de las reglas de juego que se produce para cumplir con las presiones de los *lobbies* o, simplemente, para anticiparse a los pedidos de los grupos de presión, implica un problema aún mayor que el

gravísimo aumento de los delitos. Esta práctica impulsada desde el Estado y los grupos de influencia determina un cambio cultural a partir del cual se instala la creencia de la innecesidad de la Ley y, consiguientemente, los distintos tipos de desobediencias¹¹ que confluyen en una crisis aún mayor. Por otra parte, al no existir regulaciones democráticas que igualen ante la ley a todos los ciudadanos también se instala la sensación de privatización e individualización de los derechos y obligaciones. Es a partir de esta idea que se impone, peligrosamente, la sensación de la necesidad de una justicia privada y relacionada con cada caso que, a su vez, remite al grupo de pertenencia al que refiera el posible imputado.

En la medida en que, según Noam Chomsky, se sostenga la tendencia a partir de la que «... el mundo está siendo transformado en una sociedad del Tercer Mundo, por una política deliberada del Estado»¹², la irrupción de las necesidades, las desigualdades, las divergencias y las controversias culturales, que generan una gran desconfianza en el estado de derecho, estarán a la vista. Mientras se mantenga la exclusión y la idea sacralizada de que el mercado como esencia de la vida es el valor dominante, y mientras quienes tienen algún grado de inserción adhieran, individualmente, a la marginación de las mayorías en pos de una inclusión precaria a los «beneficios» de la globalización, es muy probable que, como expresa Chomsky, el fenómeno empuje a muchos otros más: «Estados Unidos y Gran Bretaña conducen el proceso de pulverizar a los pobres y la gente trabajadora, pero otros serán arrastrados, gracias a la integración global»¹³.

.....

10 Instituto Nacional de Estadística y Censo (INDEC), *Encuesta permanente de Hogares*, Buenos Aires, mayo de 2002. El dato se refiere al índice promedio nacional para la Argentina.

11 En la Argentina, las incesantes rupturas normativas en relación con las posibilidades de ahorro y apuestas de inversión en el país generan una clara desobediencia fiscal a partir de la cual los ciudadanos creen vengarse de quienes no cumplen sus promesas llevando al colapso los servicios públicos como la salud y la educación que, de este modo, refuerzan las exclusiones hasta de los derechos básicos de la ciudadanía.

12 Chomsky, Noam, «Democracia y mercados en el nuevo orden mundial». En Chomsky, Noam y Dieterich, Heinz, *La sociedad global*, Buenos Aires, Editorial 21, 1999, p. 40.

13 *Idem*, p. 35.



Los medios de comunicación, que insisten en la aplicación de las fórmulas de los que integran el *establishment* global, son quizás los más perjudicados en este quiebre. En términos mercantiles el mayor valor que puede sumar una empresa comunicacional es la credibilidad. Sin embargo, cuando la realidad irrumpe frente a la construcción, el contrato con las audiencias se resiente y, de ese modo, los valores preconcebidos comienzan a cuestionarse. Si bien las variables identitarias de los vastos grupos que se excluyen día a día no son necesariamente homogéneas, el enfrentamiento hacia el bloque que hegemoniza y conduce dicha exclusión puede profundizarse hasta lograr fracturas.

En contra de lo declamado durante los últimos años por los *think tank* del proceso, el eje de la

inclusión no está en la economía sino en la acumulación dentro del campo simbólico. Es a través del afianzamiento de valores surgidos desde las culturas regionales como se puede iniciar un camino hacia la inclusión. Con la revalorización de la justicia, la equidad y la solidaridad, que atraviesan a los diferentes grupos identitarios de excluidos, la preconcepción globalizadora de la dureza para los ellos y la laxitud para las pequeñas minorías de beneficiarios globales, puede virar hacia concepciones más integradoras. La idea de estigmatización y criminalización de los pobres, que pasan cotidianamente de víctimas a victimarios en los editoriales y coberturas de los medios, solo es reversible con el fortalecimiento de políticas contrarias a la concentración económica y la marginación.

Una nueva mirada sobre las necesidades y expresiones de los excluidos, en relación con las percepciones imperantes, permite encontrar revalorizaciones inclusivas dentro de la sociedad global. Una tendencia a la inclusión, puede generar una nueva relación con los clientes, los ciudadanos y las audiencias. Una verdadera construcción de los valores, sustentada en los entramados participativos de todos los sectores, puede cambiar la visión de pertenencia al espíritu de una época: no en el sentido de adhesión a preconcepciones funcionales a la hegemonía, sino como obra colectiva y democrática de quienes la protagonizan. La construcción de colectivos inclusivos y un nuevo pacto de producción y consumos mediáticos pueden ser de gran utilidad para la conformación de sociedades más horizontales, participativas y democráticas.

Bibliografía

Brune, François, «Mitologías contemporáneas: sobre la ideología hoy». En *Le Monde Diplomatique. Pensamiento Crítico versus Pensamiento Único*, Madrid, Temas de Debate, 1998.

Cetkovich Bakmas, Gabriel y Luchessi, Lila, «TV y democracia: Diversidad sin divergencia». *Universidad de Belgrano. Jornadas Política, Psicología y Democracia. Una conjunción de perspectivas*. Buenos Aires, septiembre 4, 5, 6, 2001.

Chomsky, Noam y Dieterich, Heinz, *La sociedad global*, Buenos Aires, Editorial 21, 1999.

García Canclini, Néstor, «Políticas culturales: de las identidades nacionales al espacio Latinoamericano», en García Canclini, Néstor y Moneta, Carlos (coordinadores), *Las industrias culturales en la integración Latinoamericana*, Buenos Aires, Eudeba, 1999.

Hardt, Michael, «Esquirlas enloquecidas de viejos disparos», en *Página 12*, Buenos Aires, 19 de agosto de 2002.

Instituto Nacional de Estadística y Censo (Indec), *Encuesta permanente de Hogares*, Buenos Aires, mayo, 2002.

Robossio, Alejandro, «La hora del intervencionismo prudente», en *La Nación*, Enfoques, Buenos Aires, 18 de agosto de 2002.

Veiras, Nora, «Hay síntomas de muerte de nuestra democracia», entrevista a Guillermo O'Donnell, en *Página 12*, Buenos Aires, 11 de junio de 2001.

